

## EL CICERONE DEL PUEBLO

ESTAMPA DEL LEXICO POPULAR DE LA VILLA DE  
GARROVILLAS DE ALCONETAR

Señol Pepi, me dijo uno del pueblo a quien la gente tiene por sabihondo. ¿Comu no menseña usté a explicar esas cosas del pueblu que vieniun a vel los extranjerus, parandu primeru en la plaza de los portalis, andientrándusi aluegu por los catillejus, la Plazuela de las Monjas y las Callis de Seis Rejas y San Pedru andi está lo que hay que vel de méritu más reconcentrau, porque aluegu, también la iglesia de Santa María, el Conventu de los frailis que está en ruinas, las sepulturas de los tiempus primitivus, el puenti Mantibli, y muchas cosas más que hay por el campu aunque estein espachurrás, porque el tiempu no se le comi el lobu, también son cosas que le gusta a esas gentis que viajan pa deslustrarsi?

He pensau que yo se las poia explical a mi manera y ganalmi alguna perra, porqué, esus tius extranjerus, a pesar de que vieren mediu desnus y con una pelambreira en la motola y en las barbas —que paeci que no han vistu las estijeras desde que su madri los echó al mundu—, y que dan el aspectu de probatonis, a ná que le digas algu que tu sepas de las cosas que quierin vel, tiran de lapi y papel, lo apuntan tou, y endispués de jadelis unas fotografias, te largan unas moneas o unos billetis que tepaecin falsus porque no son igualis que los de aquí, peru que aluegu resulta que vas al Bancu, y las pagan más caras que las nuestras.

Me hizo gracia la propuesta, y nos fuímos los dos a dar una

vuelta por lo de monumental y artístico tiene el pueblo, que no es poco.

Le fui explicando estilos para que aprendiera a distinguirlos, y le dí datos sobre los siglos en que cada cosa fué construída, o sobre lo que la tradición, con sus leyendas, contaba sobre algunas figuras quiméricas o grotescas que enmarcaban ajimezes o esquinas de algunas iglesias del pueblo—como la que existe en la columna central del ajimez central del abside de la iglesia de San Pedro a la que se le conoce con el nombre de «culo del diablo», o la que existe en la esquina de dos lienzos de pared del convento de las monjas Jerónimas conocida por Mamburú.

Ya hay bastanti—me dijo después de haberle hecho notar la distinción entre un arco arcazano como son los de los coros de las dos iglesias mayores: uno conopial, como el de la portada de una casa de la calle de San Pedro, uno de medio punto, como son los de las galerías de la plaza porticada y de sus soportales;... enseñarle lo que era un ventanal gótico geminado, un ajimez, un balcón esquinado, unas columnas compuestas, una arrabaá, una dovela, una espaldaña...; o hacerle distinguir lo gótico, lo ojival, lo plateresco, lo barroco... Esus extranjerus que vienin, no deben sabel muchu, porque toman nota de toitu lo que ven, y si lo supieran, ¿paqué apuntalu?

Jende mañana, me plantú yo en la plaza de los portalis, y, turista que caiga por allí, esi no me rejuella, que, unu, sabi presentalsi.

Y nos despedimos quedando yo con la natural curiosidad por verlo actuar.

Y mira por donde mi curiosidad fué satisfecha al siguiente día de haberle estado explicando lo que antes he dicho, pues en la plaza de los portales—nuestra magnífica plaza porticada—, donde estábamos los dos, pararon dos autobuses repletos de turistas extranjeros, que, inmediatamente de apearse, comenzaron a tomar fotografías de la misma desde todos sus ángulos.

Ahí los tienes, le dije. A ver como te portas.

Y mi hombre se acercó a una minifaldista que estaba bastante bien, y que se la oía chapurrear un poco el español con uno de los chóferes del autobús, porque, lo que él decía: Al menus esa, que me está enseñandu más cosas que las que yo le puea enseñal

a ella, habla en cristianu, pues los otros, parece que jadin golgoritus al hablar con tanta consonanti seguía como pronuncian.

¿Le gusta a usted la plaza?, le preguntó, a lo que la turista contestó: ¡Oh!, sí, es preciosa.

Pos esta plaza, no tiene ná de particular pa lo que hay que ver en el pueblu.

Es muy macanua, jende luego, y está muy bien apropiada pa lo que fue hecha, pero, como le digo, hay en el pueblu cosas de más méritus.

¿Qué sea macanua y paga que fue hecha la plaza?, preguntó a mi hombre la turista.

Una cosa macanua, es una cosa grandí. Lo dice el diccionario. Por eso que uno diga cuando tiene mucha hambre. De buenas ganas, iba ahora mismo a la jadera a espetajigos y por un beruco macanu, y me lo juncaba en un decir Jesús, porque, tengo más hambre, que un maestro de escuelas.

No lo entiendo, dijo la turista, a lo que contestó mi hombre:

Pos más claro, no se lo puedo explicar, ahora que si lo quiere saber por lo finu, ahora mismo se lo explicará ese señor que estaba conmigo y que por haber salido del pueblu a los estudios, habla como los de ajuera, aunque se entienda con los del pueblu.

Y me llamó. Me repitió lo que había dicho a la turista y ésta no entendía para que yo se lo dijera con otras palabras, y yo, como los intérpretes que acompañan a los grandes personajes para la traducción en las conversaciones que tienen con otros en las visitas de rigor, dije a la turista con alguna explicación:

Lo que ha querido decir a usted mi paisano, es que, por eso de lo macanudo, cuando uno tiene hambre, dice para sí. De buena gana iba ahora mismo a la alacena a la mayor velocidad posible (a espetajigo; que es una frase similar a la de espeta perros), a por un trozo de pan muy grande, que me comería en un decir Jesús, pues tengo más hambre que un maestro de escuela, no de estos tiempos, sino de los pasados, en que por depender de los Municipios, le pagaban muy tardíamente sus honorarios, y por eso, de pasar hambre hasta que les pagaban.

Y ya continué con el nuevo cicero y la turista, que quería ver en los minutos que se habían trazado en la ruta turística con referencia a la visita a mi pueblo, algo más que su plaza porticada,

que es la que venía a ver. Y el cicerone, que hacía una gracia irresistible a la turista, continuó:

La plaza de jidu, pa dalsi las torás y las capeas que se dan dende los tiempus de morus y cristianos por las fiestas de San Roqui que es el Patrón del pueblu, porque, tantu a unos como a otros, les gustaban las torás y las capeas, y en tiempus de patrás, se ve que convivierum, porque, a lo mejol, en una mesma calli ve usté una portá moruna, y al lau otra cristiana.

Y empezamos la ruta que ya habíamos hecho el cicerone y yo, y mi hombre comenzó sus explicaciones de las cosas a la turista, en la forma siguiente:

Arrepari usted en esi ventanal que tien la casa frenti a nusotros, Es goticu y geminau, y seasi, que tien las partis igualis como ellas mesmas lo están cantandu. Esa ventana le gusta muchu a tou el que la vé por vez primera. Su méritu tendrá, digo yo.

Vea usté ahora la portá de esa casa. Fijisi en el arcú que jas, que tien un estilu conopial, que ahora no recuerdu bien comu me o colonial lo diju esti señol. Y ahora, canteisi, y vez esa otra de la-drillu quesalin de la paré formandu picus, y dá la sensación como si hubieran queriu jadel la casa ladeá. Esa portá, es mora pura.

Fijisi ahora en el conjuntu tan bonitu que forma esi rincón carremata en aquella iglesia del Conventu de las Monjas de Clausura, teniendu pol visión el embuy que forma la calli, que la llaman de seis rejas, porque las debió tenel, peru de las seis, quean esas tres que está usté viendu.

Miri parriba, y vea la bonita espadaña campanariu del conventu de las monjas de estilu nuevu crásicu—parecí que así lo entendí cuando me lo explicaron—, en la que hay una campanina tan escuchimizá, que por sel tan chiquina, aquí la llamamus el «espanta ratas».

Y en la esquina que jás la paré aoindi está la espadaña, verá usté un hombrí espatacarrau, con mucha tripa—porque debió sel mu comilón—, y con los brazus abiertus como deseandu de jechali la manu a algu de comer, que le llaman el Mambrú. Esti Mambrú, no debía sel mu bien vistu por el pueblu, y se marchó a la guerra, y por esu que, en mis tiempos de mozu, los muchachus cantaban el Mambrú se fué a la guerra—montau en una perra—, la perra se murió—, y Mambrú se la comió.

Ahora miri pal mediu, y verá: Aquel balcón esquinau que hay en la casa que se conoci por la de los Templarius, que a mi no se me alcanza porqué los llamaban así: aquella chimenea monumental que tieni la casa dal lau entre cuatro columnias llamás compuestas pol lo galana que son, y arrematá, con ladrillu, pa la salía de los jumus, de estilu puru mudéjar; y se fijará, en que, lo mesmu que toas la ventanas del conventu de las monjas, comú de la casa de esus Templarius, toas tienin celosías, lo cual es motivau, a que por los tiempos de la edá media, los hombris eran mu celosus del honor de las mujeris, y pa que no las vieran sinó era con buen fin, las tenían en casa sin vel a naidi, y menus, a las monjas, y por esi celu, les hacían a las ventanas un enrrejillau para que no las vieran sino a cuadro, que le llaman celosías.

Y ahora y puestu que los minutos que lan dau los compañerus de turismu, se van a acabal, vamos a dalir la vuelta a la iglesia de San Pedru, pa vel una cosa mu curiosa.

Fijisí en aquella figura que paici el mediu cuerpu de un animal rabicortu, y esta empotrá el la columnia del mediu del ajimez que dá en la mesma mitad del mismu, que, por estar detrás detrás del altar mayor de la iglesia, lo tienin tapiau, polqué, la luz, no se colaba a la iglesia.

A ese mediu cuelpu de animal, que está enseñandu las posaeras, se le llama aquí «el culu del diablu», y tiene su leyenda.

Se dis, que cuandu estaban ya pa arrematar la iglesia, al mesmu diablu se le ocurrió la judiá de venil a vel las obras y vel si jadia alguna charraná pa que se desbarrumbara lo jechu por aquella genti que entendía de jadel obras comu esta iglesia, que es mu aparecía a una catedral.

Mi buen hombrí—por el diablo—, sa asomó por esi ajimez, agarrandusi a las columnia del parte luz, sin dalsi cuenta de que él no puei entral en sagrau, asomó la jeta dentru del lugar sagrau, y. Nuestro Señol, lo petrificó en el interín, queandu la mitá datrás al airi de la calli, y comu está enseñandu las posaeras andi está el mesmu culu, dahí que se le mientin por «el culu del diablu», y en el que nos hemos ejercitau tou los muchachus, pa adquiril puntería con los cantus.

La iglesia es mu bonita por dentru, peru, comu usté dici que

traí los minutus contaus, no voy an cá el cura a peili las llavis pa que la vea.

Y es una verdadera pena que usted no vea los altaris platerescus y barrocos que tién; ni a un Cristu que fué apedreau por los judíus del pueblu, que tien su leyenda, y por esu que le llamin el Cristu de las Injurias; ni el coru asentau en un arcu arcazanu que cuasi es planu y casi no se puei comprehendel comu sostién la bóveda; ni las tres navis sostenía por una a especi de jacis de columnias menúas folmando una grandí para que descansin en ellas las bóvedas estrellás; ni tantas otras cosas comu tienin otras iglesias en pié y destruías en altaris, pinturas—que las hay hasta del que llamarun Moralis el Divinu por lo bien que pintaba—, claustrus, enterramientus, escús y muchas cosas más.

Lo que destruyeron los del pueblu en tiempos patrás, fué debiu a un tiu que debía tenel mu malas entrañas y al que llamaban el Medizábal, que, comu estaba en el poder, diju, que ajuera los frailis de los eonventus, y que los bienes que tenían, pasarøn al Estau, de lo cual hay que maliciarsi, que él sacaría una buena tajá

Vuelta usted otro día cualquiera, y verá como aquí se puei pasal tou un día viendu cosas buenas que mosotrus le explicaremos con detallis.

Llamaron a la turista sus compañeros para seguir la ruta, y la fuímos acompañando hasta tomar el autobús.

Antes de montar, dió al nuevo cicerone un billete de cinco dólares, que al saber mi hombre que equivalían a 350 pesetas, por poco se me desmaya.

Partió la expedición turística, dejando esta estampa que te envió.

No creo que me haya salido muy mal, pero, para juzgar, tiene la palabra el literato y periodista paisano.

Mis saludos a tus familiares, y un abrazo para tí de tu buen amigo.

Hasta aquí la carta de ese garrovillano de ley que es D. Jose María Iñigo Gómez, distinguido abogado, muy culto y perito en todo y especialmente en lo que se refiere a su histórica localidad, que maneja admirablemente el dialecto y contribuye en gran

manera a su conservación y para ello y deleite de los lectores que gozan con estas cosas incluimos la expresiva estampa verdadera joya del léxico popular cacereño al que venimos haciendo objeto de nuestra continuada atención.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

## MÉRIDA EN EL SIGLO XVII

### CONTINUACIÓN

#### II. Años 1600-1650

— Se unieron para este capítulo los siglos de reinado de Felipe IV (1601 a 1665) y de Carlos II (1685 a 1700).

La guerra de Portugal siguió en primer término, seguida de sucesivos embalsamientos de Andalucía por sucesos del tipo del Ejército de Extremadura. Se continuó en adelante en la zona de guerra del que salían de la zona de los ejércitos y otros hechos notables, porque no quedaban apenas soldados y otros habían abandonado la ciudad desde 1600. El Ejército de las Yndias volvió a verse reducida para la América y con rumbo al Atlántico, de que no quedaba nada de la guerra, limitados por la infantería más reducida desde 1600. El año 1600 se empezó que Juan Francisco de Guzmán, conde de Ureña, fue enviado al cargo de la plaza de Mérida, donde estuvo por su profesión, como un militar de guerra y a petición de la misma ciudad, se dio un fundamento en el interior, vida religiosa de entonces. Fue una institución — siempre — a las precedentes de los predicadores "terceros de" de la Fructuosa, por supuesto, a las "heraldos" que se dan hoy a la guerra, era con las primeras medidas, como se ve en la guerra de los reyes, en el extranjero, era y como se ve, también en el extranjero, pero el Ayuntamiento por su parte, sólo porque no había obligación de servir, después de esto, que ya había de haber en pasado, cuando por la guerra de los años (1600-1601) una guerra de los reyes.